

Samuel A. Lillo

Canto á la
América Latina

A los heraldos de la Unión Latino Americana

Manuel Ugarte y J. Ignacio Gálvez

OBRAS DEL AUTOR

POESÍAS.—1900.

ANTES Y HOY.—Poema 1905.

CANCIONES DE ARAUCO.—1908.—3.^a edición.

CHILE HEROICO.—1911.

LA CONCEPCIÓN.—Poema 1911.—2.^a edición.

LA ESCOLTA DE LA BANDERA.—Poema 1912.



ES PROPIEDAD

ARTO

á la América Latina

POR

SAMUEL N. LILLO

Primer Premio en los Juegos Florales de Tucumán



SANTIAGO DE CHILE

Imprenta Cervantas.—Dolicias, 1167

1913

CANTO A LA AMÉRICA LATINA

Nadie sabe todavía
Cuándo, desde la profunda mar bravía
Que azotaba el huracán,
Tus gigantes cordilleras
Asomaron sus cabezas altaneras,
Coronadas con penachos de volcán.

Ni de dónde á tus orillas arribaron
Las extrañas,

Fuertes razas que poblaron tus montañas,
Y tus valles y tu mar.
Sólo sí que se extendieron como enjambres vigorosos
Y cubrieron con sus tribus, sus imperios poderosos,
Sus innúmeros guerreros,
Del lejano septentrión á los postreros
Arrecifes en que llora el mar austral.

Junto á un lago
Que brindábale el halago
De su linfa rumorosa,
En la tierra del cenizote y del quetzal,
Se expandía,
Formidable y belicosa,
La temida monarquía
Que fundó Quetzalcoal.

Con sus sólidas falanges de guerreros
Sus caciques altaneros,
Con su corte de pintores y poetas
Imperaba en las mesetas
Y en el valle de Anahuac;
Y llegaba,
Sin reparo, el albedrío
De su inmenso poderío
De Tezcucó al Orizaba,
Desde el golfo al otro mar.

Con sus coyas, sus vestales,
Sus palacios y sus templos colosales
Su gobierno patriarcal,
El imperio de los Incas se extendía
Por la América y cubría
A los pueblos con su púrpura real.

En las faldas de los Andes orientales,
Donde hay lagos suspendidos,
Como espejos, en los cuales
Se contemplan los erguidos
Soberanos de las cumbres, habitaba el aimará.
Una raza de gigantes *
Que ha dejado huellas hondas de sus pasos
En los ásperos ribazos,
En las islas de sus lagos ondulantes,
En la cima del volcán.

Si, entregados á las guerras,
Los feroces y salvajes guaraníes
Dominaban en las tierras
Del Brasil y el Paraguay,
Los valientes é industriosos cachalquies
Dedicados á pacíficos trabajos,

Habitaban las montañas y los bajos
De la sierra cordobesa al Tucumán.

Y los indios de las pampas vigorosos y arrogantes,
De ágil cuerpo, compartían con el índico jaguar
El dominio de sus sábanas gigantes,
Por el sol y por el viento acariciadas,
Que aun palpitan en oleadas
De verdura como un mar.

Y detrás de las ingentes
Cordilleras, orgulloso, soberano,
Defendido por las lanzas de sus úlmenes valientes
Levantábase el gran pueblo araucano,
Siempre listo á combatir
Por las sierras escarpadas

Y las lóbregas quebradas
De su indómito país.

II

Al través de los incógnitos océanos,
Unos seres sobrehumanos
Con una ansia inextinguible de tesoros y aventuras,
Arribaron de las tierras desde donde viene el sol;
Y, escribiendo con su sangre cien homéricas hazañas,
Escalaron las montañas
Y asolaron las llanuras,
Como oleadas de una enorme inundación.

Y cayeron, uno á uno, los imperios seculares,
Y se hundieron en los lagos, y en los mares
Y en las selvas, donde nadie penetró,
Los despojos de las tribus primitivas
Que, diezmadas, pero indómitas y altivas
Resistieron al empuje del turbión.

Y entre roncoss aullidos,
Estampidos
De mosquetes,
Raudas cargas de jinetes
Y disparos de cañón,
Escúchoss la agonía
De una raza que moría
De otra raza ante el asalto abrumador.

Y se irguieron bravamente los primeros
Los aztecas, los guerreros
Que escribieron la epopeya mejicana,
Que es hermana
Del poema de Lautaro y Tucapel,
Pelearon frente á frente con sus lanzas y sus mazas
Sin temor á las corazas
A los rayos de las armas ni al empuje del corcel.

Fueron ellos los soberbios mejicanos
Que, encerrados á la postre por los hierros caste-
[llanos,
Por la peste, por el hambre, la miseria y la cruel-
[dad,
No queriendo convertirse de señores en esclavos,
Prefirieron enterrarse como bravos
En las ruinas de su gran Tenuchtitlán.

Y cruzando por las olas
Nunca hendidas del remoto mar del sur,
Las osadas compañías españolas,
Realizando la químera de su empresa,
Como leones que aprovechan el descuido de su
[presa,
Sorprendieron á los incas del Perú.

Y arrollaron los Pizarros á los quichuas indo
[lentes,
A los súbditos pacientes
De este imperio conventual,
Con la voz de sus cañones
Y los cascos de sus rápidos bridones,
Como á un tímido rebaño montaraz.

De las márgenes del Plata
A las pampas infinitas como el mar,
Pronto el reino de Castilla se dilata
Sin atajo, cual el raudo viento austral.
Y la tribu que corría libremente por sus llanos
Ve, á pesar de sus esfuerzos sobrehumanos,
Invadido y pisoteado su pastal.

Pero un día se estrellaron los ejército hispanos
Con los rudos
Capitanes araucanos,
De los pechos indefensos y desnudos
Que, rodeados por sus bárbaras indiadas,
Sus montañas nunca holladas
Se aprestaban á librar.
Y rodaron los jinetes castellanos

Al empuje de sus lanzas y sus hachas.
Como caen, resonantes,
Derribados por las rachas
En el alto Nahuelbuta, los gigantes
Del pinar.

Y ya nadie puso diques
A los índicos arranques. Los caciques
Y guerreros más audaces protegieron sus figuras
Con las férreas y brillantes armaduras
Que quitaron en los campos de batalla al español,
Se habituaron al tronar de los cañones
Y montaron los fantásticos bridones
Sin recelo ni temor.

¡Cuántas veces contemplaron los iberos
Cómo iban los indianos caballeros

Con las riendas en los dientes, en furioso galopar,
Lanza en ristre y embrazando los broqueles,
Inclinados sobre el cuello de sus rápidos corceles,
Los escudos de sus viejos enemigos á golpear!

Fué cesando lentamente
En las selvas y en los llanos la pelea,
Y el hispánico poder el continente,
Cual la bíblica marea,
Desde Méjico al estrecho sepultó;
Mas quedaron en los límites australes
Del Arauco legendario los caciques inmortales,
Invencibles bajo el sol,
Como quedan en los mares,
A pesar de las crecientes,
Los peñascos seculares
Que levantan hacia el cielo su erizado pedernal,

Vencedor de las rugientes
Marejadas que subleva el temporal

III

Y los siglos pasaron,
Y del cruce fecundo
De las dos bravas razas que pelearon
El dominio de un mundo,
Brotó una raza nueva,
Robusta y aguerrida,
Fuerte como los pumas y jaguares
Que pueblan la temida
Fronda de tus montañas seculares.

Una raza altanera que tenía
La noble bizarría

De un quijotesco hidalgo castellano.
Del gaucho la serena poesía,
La bravura del indio mejicano,
Y el sublime heroísmo
De un cacique araucano.

En brazos de tus hijos
¡Oh! América, dormías perezosa,
Reclinada en las faldas
De tus montes bravíos
O en el verde alfombrado de tus llanos,
Oyendo la corriente sonora
De tus gigantes ríos
O el rudo canto de tus dos océanos.

Mas un día, á la luz de una alborada,
Escuchaste vibrar la clarinada

Que lanzaron las águilas francesas
Cuando, poblando el aire de rumores
De libertad y guerra,
Volaron anunciando por la tierra
El fin de los tiranos y opresores.

Te erguiste lentamente
Con el suave vaivén de la marea,
Que en el principio toca
Apenas con su espuma dulcemente
El dorso de la roca,
Y que, luego, más firme y animada,
Hacia el asalto viene
Con el apoyo de otra nueva oleada
Que la anima, la impulsa y la sostiene.

Y cuando terminó la incertidumbre
Y se oyó por doquier la voz vibrante
Que mostró de la hispana servidumbre
Roto por siempre el manto,
E hizo resonar por vez primera,
Desde el llano á la cumbre,
El nombre de la patria sacrosanto,
Se lanzaron tus hijos á la lucha,
Al viento la melena alborotada,
Cual sale de la hirviente marejada
Revuelta por los raudos aquilones
La aulladora jauría,
A tomarse los altos murallones
De la costa bravía.

Y los héroes brotaron
De toda la amplitud del horizonte
Con la misma bravura
Con que antes levantaron
Sus testas orgullosas, en el monte,
El valle y la llanura,
Los caciques del suelo americano.
Al sentir resonar en sus montañas
El rudo casco del corcel hispano.

¿No ois como bramidos de huracanes,
Como una ave gigante que aletea?
¿Bostezos de volcanes,
Rumores de pelea,
Voces de imprecación, salves y hosannas,
Y junto al són de bélicos clarines,

El himno de las místicas campanas?
Es que envuelto en los cálidos vapores
De la sangre y la gloria,
Sube, desde la puebla de Dolores,
Despertando los valles y las sierras,
La gran figura del patriarca Hidalgo
A redimir las mejicanas tierras.

Al frente de sus bravos inmortales,
El gran Bolívar llena
La amplitud de las zonas tropicales
Con la heroica leyenda que derrama
Los ecos de su gloria y de su fama;
Y, vencedor en la sangrienta arena,
Tremolando el patriótico oriflama,
De Quito al mar Caribe

Y desde el Orinoco al Magdalena,
La libertad de América proclama.

A los pies de la andina cordillera,
Alzase el grande O'Higgins. Su bravura
Sobre los campos de batalla deja
Atrás á los más ínclitos campeones
Y de Rancagua en la sangrienta plaza
Cierra el poema de la Patria Vieja
Con la carga inmortal de sus bridones.

Entretanto que el ínclito Belgrano,
Vencedor ó vencido,
Aun lucha contra el fiero castellano,
Midiendo desde el llano

La insalvable barrera
Que le opone el riscal de la montaña,
San Martín silencioso
Su grande hora espera,
Como el tigre nervioso
Aguarda por la tarde en los herbajes
De la pampa callada
El ritmico trotar de la manada
De los potros salvajes.

El noble O'Higgins llega
Y junta sus deshechos batallones
A las nuevas legiones
Que San Martín sacara
De sus llanos desiertos y sus breñas,
Como Moisés, en otros tiempos, hizo
Borbotar á los golpes de su vara
Cristalinas corrientes de las peñas .

Y ávidos de cumplir la grande hazaña
De libertar un mundo, el alto monte
Traspasaron chilenos y argentinos,
Y fueron sobre el escuadrón de España
Como bandas de cóndores andinos
Que caen sobre un león en la montaña.

Salvaron los abismos y las cimas
Con sus alas de vuelos soberanos
Y, bajando á los valles de Aconcagua,
Como alud gigantesco, en Chacabuco
Vengaron reunidos los hermanos
La sangre clamadora de Rancagua.

Y la bandera de la blanca estrella,
Símbolo del poder de un pueblo nuevo

Cruzó los mares y, á la sombra de ella
Los guerreros de Arauco y de la pampa
Derribaron del trono á los virreyes.

Y desde las riberas
Donde cantan los mares antillanos.
Remontando salvajes cordilleras,
Mortíferos pantanos,
Abatiendo á su paso las banderas
Y los escudos y las armas reales,
Una legión de bravos colombianos
De raza ciclopea
Vino, con sus guerreros formidables.
Sus cargas de corceles y sus sables.
A decidir la homérica pelea.

Y al pie del Chimborazo
Que con su blanca frente
Domina la mitad del continente,
Sellaron juntos en fraterno abrazo
La redención del suelo americano
Los dos héroes más grandes:
Bolívar, el titán venezolano,
Y San Martín, centauro de los Andes

IV

¡Salve, América, están libres los senderos
Que te abrieron tus guerreros
Con los filos de sus sables
A los toques sonoros del clarín

¿Quién contiene tus avances formidables
Hoy que pasas
Con tu séquito de pueblos y de razas
A cumplir tu noble fin?

¡Salve, América, se acerca ya la aurora
Cuya lumbre bienhechora
Va anunciando por montañas y por llanos,
De las sierras hasta el mar,
El sol nuevo de justicia, sol de hermanos,
Que, al calor de sus miradas, sin envidias ni recelos
Bajo el dombo gigantesco de los cielos,
De la América latina las naciones unirá.

Y tus hijos arrogantes y briosos
Con el alma estremecida por anhelos generosos,
Hermanados por la épica memoria
De los héroes que esculpieron la leyenda de tu
[gloria,
Juntaránse bajo un mismo pabellón;
Y del Golfo Mejicano á los canales
Donde se alzan los enjambres de archipiélagos
[australes,
Formarán con sus cien pueblos una sola y gran
[nación.

Y así juntos alzaremos una valla
Semejante á una granítica muralla,
Donde vengan, impotentes,
A estrellarse las corrientes
Desbordadas

De las razas antagónicas y extrañas que, en olea-
[das
Espumantes, de los viejos continentes llegarán,
Un gigante acantilado, cuyas cimas vencedoras
Pongan diques á las bandas invasoras
De las águilas del norte, que, de lo alto de sus
[montes,
Escudriñan codiciosas los ignotos horizontes
Donde brilla la serena cruz austral.

Envainadas

Las espadas

Al compás de los martillos y al sonar de las azadas,
Mientras se oiga de los trenes el jadeante galopar,
Nuestros hijos alzarán en el futuro

Los acentos de su cántico más puro
A vosotros, los períncritos latinos,
Que llevasteis estos pueblos hacia altísimos destinos
Y supisteis de esta raza la grande alma modelar.

A ti, ¡oh! Galia, redentora
De las razas oprimidas,
Que marcaste en nuestras vidas
La grande hora
Que anunciaba la soñada libertad,
Y que alzaste allá en las cumbres tus ideas
Fulgurantes, como teas
Que guiaron en las sombras á esta nueva huma-
[nidad.

A ti ¡oh! patria de los Médicis y el Dante,
De Leonardo y Rafael,
Que al palenque de las artes nuestra mente vaci-
[lante
Has llevado con tu mágica paleta y tu cincel.

Y á ti, España, madre amante,
Que, en tu raza valerosa y arrogante,
Nos legaste tu hidalguía, tus hazañas y tu ideal,
Y, engastado, como perla, sobre el oro valioso
De tu idioma sonoro,
El Quijote, que es el símbolo de tu alma noble y
[leal.
